Era tanta la emoción de Perico, que se detuvo inconscientemente. Aquel cielo imponente y bello le hizo pensar en Dios; la idea de Dios barrenó su alma, entrando en ella triunfante, soberana. ¡Oh, cuántas veces pensó el artista desengañado, el soñador Perico, que Dios estaba en el arte! No era heregía, no era blasfemia, pensar tal cosa; la misma religión presenta á Dios esfumado entre la trama admirable de un poema inmenso, sublime.

Perico siguió andando. Había olvidado cuánto le ocurrió aquella tarde: Don Felipe, el cementerio, el Pare Benet y Maneleta los recordaba como seres muertos desde hacía mucho tiempo y como cosas vistas en la infancia. Este extraño fenómeno de óptica moral es, no obstante su aparente rareza, cosa muy corriente en los casos en que una impresión dolorosa reporta al alma un entreacto de mutismo, una hora de confusión, que sigue casi siempre á la pena.

Había sentido Perico en pocas horas muy distintas y fuertes impresiones. Primero la cólera, después el miedo, más tarde la vergüenza, y consecuencia de aquellas impresiones era la confusión cubierta con la oleada de repentino mistisismo que inundaba su alma.

Volvió Perico á azotar con el mimbre la yerba que subía por las márgenes del regato. El agua corría, sosteniendo una charla obtusa, pero alegre por el sonido. La noche cuchicheada.

Salió, al fin, Perico del torrente, subiendo á las viñas. Desde ellas vió extenderse por el lado opuesto una larga ringlera de casas: era la villa, envuelta en la luz radiante de las estrellas. Siguió caminando por entre los olivos y al cabo llegó á la Masía, silenciosa, dormida. Los almendros cabeceaban quedamente; parecían dormitar también.

Entró el mozo procurando no hacer ruido. Sus padres, precavidamente, le habían dejado abierta la puerta y servida la cena en su habitabitación; pero si lo primero sirvió á Perico para entrar, no mereció lo segundo la más pequeña atención de quien merecerla debía.

La cama estaba hecha, cuidadosamente arreglada, con sus gruesas mantas y frazadas tirantes, lisas, sin una arruga, y saliendo por debajo de las almohadas el ancho doblez

de la sábana limpísima. Era muy tarde. Sonaron lejanas algunas campanadas que hicieron comprender al trasnochador que ya pasaba mucho de las doce.

Perico se acostó, pero no pudo dormir. Su imaginación daba vueltas y más vueltas; parecía un molinillo de papel puesto á merced del viento. No obstante, aquella idea de misticismo que le había entrado súbitamente al contemplar las estrellas, mientras caminaba por el torrente, seguía fija en su alma, y á Perico le entraron ganas de rezar. ¡Ah, si él se hubiera acordado de aquellas oraciones que le enseñó su madre cuando era niño! No se acordaba más que de algunos trocitos del Padre Nuestro. Estuvo largo rato procurando enhebrar en la aguja de su memoria, el hilo de aquellos trozos de oración truncada, perdida en las tenebrosidades del olvido. No lo consiguió; su memoria se había vuelto idiota.

Trataba Perico de conciliar el sueño, cerrando los ojos y tapándose la cabeza con el cobertor. ¡Imposible! El sueño no venía; pero, en cambio, llegaban el fastidio y la impaciencia.

Se levantó y encedió la luz. No sentía

frío y en calzoncillos estuvo mucho tiempo sentado en la cama, contemplando cómo subía á lo largo del tubo de cristal del quinqué un hilito de humo negro, que al salir del tubo, culebreaba en el aire, destegiéndose, para perderse en pequeñas espirales.

Al fin Perico pareció cazar una idea tras de la cual marchaban ignorantes sus pensamientos. La idea cazada la interpretó Perico así: «Me voy mañana á Barcelona y que se queden los de aquí con sus líos, que ya me fastidian.» Sobre este punto capital giraron otras ideas en danza interminable. Pensó el fastidiado mozo en lo qué podría ocuparse en Barcelona; si le sería fácil entrar en la redacción de un periódico; cómo recibirían sus padres la noticia de aquella partida inesperada; qué haría Basilio al verse sin la ayuda de su hermano; cómo pensaría Don Felipe acabar con los amores de Basilio y Mundeta; que dirían los villerenses al saber que el «hereu» Ramonclá se largaba de nuevo, acaso para no volver; sí se casaría Lola....

Esto último hizo que los pensamientos de Perico cambiaran de rumbo. ¡Lola, la ca-

riñosa y buenísima hermana, iba á quedarse en Villera!....¡Ella que no pensaba más que en Perico, que sólo quería á Perico, que adoraba á Perico!....

El despabilado y confuso mozo comenzó á vacilar. Ya no le satisfacía tanto la idea de su viaje. Sin embargo, al fin hubo de decidirse, y á que se decidiera le ayudó el frío, que comenzaba á cosquillearle el cuerpo. Acercóse al ropero y sacó de él ropa interior limpia, uno de sus mejores trajes, abrigo, zapatos nuevos y sombrero. Lavóse cara y cabeza y se vistió en seguida con las finas prendas de ropa que sacado había del armario.

Mientras, frente al espejo, trazábase con el batidor la raya que debía partir en dos bandas su ensortijado pelo, iba pensando: «El tren pasa por Villera á las siete de la mañana. Son las cuatro, y dentro de una hora se levantarán mi padre, Antón, Basilio y Félix para ir á la viña. Les diré que me voy para volver pasado mañana ú otro muy próximo día, y desde Barcelona les escribiré que me quedo allá y que manden mis bártulos. ¡Que se las componga Basilio como pueda! Yo no vivo más tiempo aquí.»

Aviado que estuvo de indumentaria, sentóse otra vez en la cama y, fumando cigarro tras cigarro, esperó á que su padre y sus hermanos se levantaran. La habitación no era muy grande y pronto se llenó de humo. El ropero, las sillas, el tocador, la mesa de escribir y la ropa colgada de una percha se veían confusos. La luz misma palidecía, tomando un color sin brillo, lechoso.

Cuando Perico apercibió ruido en las habitaciones vecinas, salió de la suya. Por la sala pasaba Antón llevando un candil y una cesta. El viejo «masober» sorprendióse al ver á Perico levantado ya y vestido de gala.

—¡Buenos días!—le dijo el «hereu.»—¿Dónde está mi padre?

—En la cocina. ¡Buenos días!—contestó el viejo.

Y ambos se dirigieron á la cocina. Allí estaban todos, preparando las provisiones del día. Como se había sorprendido Antón, se sorprendieron los otros al ver á Perico.

—¿Qué es esto?—preguntó el padre.

—Esto es—dijo Perico—que me marcho á Barcelona en el primer tren. Estaré en la

ciudad dos ó tres días. Tengo que arreglar algunos asuntos referentes á mi viaje á Madrid.

Todos, exceptuando Antón, que no preguntaba nunca, acaso para ahorrarse palabras, hicieron á Perico muchas y muy distintas preguntas, á las que contestó el «hereu,» dejando á todos satisfecha la curiosidad.

En cuanto Basilio pudo hablar un momento aparte con su hermano, le dijo:

—¿Y lo mío? ¿Hablaste con Don Felipe? Veo que tus promesas se han vuelto humo.

—Sostengo mis promesas. Hablé ayer con el viejo Martorell y, como esperaba, recibió muy mal la noticia de que estás enamorado de su hija. No obstante, haz por tu parte lo que puedas y yo haré por la mía lo que me sea posible.

—¡Toño, lo que yo voy á hacer es un disparate! Tú te andas con muchos melindres y yo no espero más, ¡cascajo!

—Haz lo que quieras; pero ten prudencia.

No pudieron hablar más, porque avisada por Juan la madre de Perico, vino ésta á medio vestir, diciendo á su hijo:

—¿Pero es cierto que te vas? ¿Y cómo no nos habías dicho nada? ¡Qué muchacho, Dios mío? Voy á hacerte el chocolate para que te desayunes....

—No se moleste usted,—dijo Perico, deteniendo á su madre, que se disponía á tomar los trebejos «chocolatinarios»;—hay tiempo para todo. El tren pasa á las siete, y no son más que las cinco y media. No debía haberse levantado usted; la mañana esta muy fría y puede hacerla daño.

—¡Quita allá, tonto!—repuso Dolores.—Yo estoy acostumbrada á levantarme temprano y el frío no me hace nada. Voy á despertar á tu hermana.

—No, no la despierte usted. ¡Si falta mucho tiempo! Deje á Lolita que duerma una hora más.

Marcháronse los que tenían que irse al trabajo, después de despedirse de Perico con pocas demostraciones de gran pena, pues e «hereu» prometía regresar al pueblo á los pocos dias, y Dolores dispúse á preparar el desayuno Mientras tal hacía, Perico y ella hablaron del viaje.

—¿Y cómo ha sido esto?—preguntaba Do-

lores, á tiempo que desmenuzaba algunas pastillas de chocolate.—Nada nos habías dicho.

Perico, arrimado al hogar, se calentaba las manos, metiéndolas casi en la llama.

—¡Si lo he pensado esta misma noche! Me acordé de un amigo que tengo en Barcelona y que puede facilitarme algún dinero para mi viaje á Madrid, y como aquí nada tengo que hacer, quiero aprovochar el tiempo, arreglando, desde luego, lo necesario.

—Haces bien, haces bien. Mira, yo no te lo quise decir nunca; á tu padre no le gusta que estés sin hacer nada. Dice que eres joven y que tu salud es buena, y que, por lo tanto, debes trabajar y ganarte la vida. ¡Cosas de tu padre! Ya sabes lo tacaño que es, y no diré yo que le duela el mendrugo de pan que comes en esta casa, pero sí le sabe mal verte parado, haciendo vida de rico. ¡Cosas de tu padre!

—Mi padre piensa bien,—dijo Perico;—comprendo que la vida que llevo no me conviene, que en Villera no puedo hacer nada bueno, que yo no sirvo para payés. Dice

bien, sí: soy joven y mi salud es buena. Debo, pues, trabajar, debo ganarme la vida.

Dolores acercó al hogar la chocolatera, y puesta en cuclillas, revolvía el molinillo con presteza, diciendo al mismo tiempo.

—No, chico; déjate de ser payés, que los hombres que, como tú, son ilustrados, no sirven para trabajar la tierra. No seas tonto; vete á Madrid, y allá podrás escribir en los periódicos y quitar muchos moños. Te lo digo yo, que ya tengo alguna experiencia y sé lo que á los mozos como tú les conviene. Aquí, ya ves cómo vivimos; comiendo mal y siempre en apuros. Tu padre, aferrado en lo de que las contribuciones se lo comen todo, da para la casa muy poco dinero. Y menos mal que tenemos huerto y nunca nos falta una olla de patatas cocidas y una cazuela de judías estofadas, que si no... ¡Dios sabe cómo viviríamos!

Dejó de darle vueltas al molinillo para ir en busca de pan, y tostarlo.

Perico seguía con los ojos fijos en la llama del hogar y meditaba sobre lo que su madre le decía. Era necesario trabajar, no sólo para mantenerse él, sino también para

ayudar á que sus padres se mantuvieran. Era una obligación, un deber sin excusa. ¿De qué le servían si no sus veinticinco años y el claro talento que Dios le había dado?

Pronto levantáronse Lolita y Francisca, enterándose en seguida del viaje de Perico. Lola mostrábase triste y su hermano trató de consolarla.

—Quita de tu cara esa morriña, nenita, que te pones muy fea. ¡Si me voy para volver pasado mañana! No seas tonta. Te digo que volveré en seguida que termine de arreglar esos negocios

—Pero te irás luego á Madrid,—decía Lola, casi llorando,—y te olvidarás de tu hermanita.

—No, nena, no; yo no podré olvidarte nunca....¡Qué tontería! Pensaré siempre en tí, en la hermanita que tanto me quiere, y te mandaré algunas cositas de allá....

¿Qué? ¿No lo crees? ¡Ay, qué tonta te me has vuelto! Si sigues triste, me enojo.

—Tú me olvidarás, estoy segura de que me olvidarás; me lo dice el corazón.

—El corazón es un embustero que se divierte haciéndonos sufrir con sus mentiras. ¡Si yo fuera á creer todo lo que mi corazón me dice!....¡Ea, fuera tonterías! Ya estás llorando....¡Pero qué tonta eres! Con tanto tiempo como estuve en América, ¿te olvidé nunca?

—¡Qué sé yo! Es que....no puedo remediarlo; tu viaje me llena de tristeza....no sé por qué. Siento en mi corazón un encogimiento, un malestar....

—¡A ver si yo le digo á tu corazón cuatro frescas! ¡Vaya con el muy travieso! Anda, no llores, que si nuestra madre te ve llorar, se pondrá triste también. Todo eso del corazón son triquiñuelas que el muy tuno quiere jugarte para que rabies un poco No le hagas caso.

Sirvió Dolores el chocolate, y mientras ella y los dos hermanos lo tomaron (Francisca se desayunaba con el clásico arenque), Lolita logró ponerse algo alegre. Animó á su hermano para que volviera á la lucha y estuvo bastante decidora.

Poco después, Perico se despedía de Francisca bromeando, dirigiéndose en seguida á la estación, acompañado de su madre y Lolita.

Por el camino se encontraron con Este-

ban Carré, que al enterarse de que el «hereu» Ramonclá se marchaba á Barcelona, hizo grandes aspavientos para demostrar su gran sorpresa.

—¿Y «aquello»?—preguntó á Perico misteriosamente.

Se refería á lo que preparado tenían para al anochecer, en el huerto de Pitaló.

—Tú y Tonet,—contestó Ramonclá,—podéis llevarlo á cabo. Cuando vuelva de Barcelona, me contaréis el resultado del sainete, que espero habrá de alcanzar un éxito completo.

Y para sí, añadió: «¡Buen plantón váis á llevaros, tontainas! ¡Qué desilusión!»

Carré acompañó también á Perico hasta la estación. Tenía poco que hacer y lo mismo le daba emplear el tiempo en una que en otra cosa.

Cuando llegaron los cuatro á la estación, faltaban algunos minutos para que llegara el tren que va de Igualada á Martorell, empalmando con el que sale de esta última estación para Barcelona. Algunos hombres se ocupaban en amontonar un gran rimero de carbón, cuyas piezas cuadradas se tiraban

unos á otros, canturreando una canción catalana.

Por junto á los jardinillos que rodeaban el edificio sencillísimo y pintado de gris de la estación, corrían algunas gallinas, perseguidas por un gallo de gallarda apostura, que cacareaba de vez en cuando, haciendo gala de su voz potente y aguda.

Se oyó un prolongado temblequeo metálico y sonoro y el jefe la estación salió de su despacho. Avisaba el tren, desde lejos, su paso por Villera, con el chillido estridente de su sirena. Y llegó, al fin, retardando su marcha vertiginosa y escupiendo por entre las ruedas de su monstruosa cabeza, chorros de vapor, que silbaban epilépticos.

Perico abrazó á su madre y á su hermana, estrechó la mano de Esteban Carré y subió á un coche de primera. Un momento después, sacaba medio busto por la ventanilla.

—Vuelve pronto,—le dijo Lolita, sintiendo que de ella volvía á apoderarse la tristeza.

—Pasado mañana con toda seguridad,—contestó Perico, alargando la diestra á los que estaban en tierra.

—Adios, chico,—dijo Carré, estrechán-

dole la mano;—ya te contaré cuando vuelvas.....

El jefe de la estación hizo sonar tres veces la campana.

—Adios, hijo mío,—murmuraba Dolores;—tráenos algo de Barcelona.

—¡Adios, adios!—gritó Perico, viendo que el tren estaba ya en marcha.

Y sin retirarse de la ventanilla, agitaba su mano, despidiéndose por última vez. Su madre, Lolita y Carré le enviaban también, desde la estación, el último saludo.

En tren tomó por un recodo, y una bocanada de humo negro y húmedo se metió por la ventanilla, cegando á Perico.

La sirena pitaba.

XII

Corría el mes de Abril y las lluvias en Villera eran torrenciales. Los payeses veían caer el agua que las pródigas nubes lanzaban contra la tierra, con una indiferencia

grande. Las lluvias de Abril son de poco cuidado.

El Casino Repúblicano veíase, como de costumbre, muy concurrido los domingos por la tarde, siendo presidido aquel bullicio dominguero por la hermosa Maneleta, que, detrás del mostrador (porque debe saberse que Mon hizo construir un mostrador, siguiendo las indicaciones de su mujer), sonreía á los parroquianos con sonrisa de mieles y rosas.

En aquellos últimos meses, á Maneleta le había entrado un amor grandísimo por su marido. Apenas si dejaba á Mon vivir en paz. Tras él iba Maneleta, besuqueándole y haciéndole mil graciosas carantoñas, siempre soboncita y almibarada. «¿Pero qué demonios le pasa á mi mujer?—se preguntaba el jorobadito.—Tantas caricias me empalagan; yo no soy hombre para esto.» Maneleta no comprendía, ó aparentaba no comprender, que su marido era poco partidario de aquel constante besuqueo, y hablando con las amigas, en esa intimidad mujeril de sabroso secreteo, solía decir:

—Yo soy mujer que sé estimar á mi marido en lo que vale y pagarle con amorosos